

“NO ME LO PUEDO CREER”

Al llegar a mi casa y precisamente en el momento en que me disponía a abrir la puerta, me vi salir. Intrigado decidí seguirme, girando a la izquierda y repitiendo mis propios pasos.

Me oriento por el ruido de mis pisadas. Me sigo y continúo la marcha hacia la arboleda. Me adentro en la vegetación y al tomar una curva por la senda que habían marcado los animales, me pierdo el rastro. Ahora tendré que marcar yo el rumbo ya que me encuentro en la encrucijada de elegir entre varias opciones. Tomo la senda de la izquierda y después de andar durante un largo rato, desemboco en el borde de un arroyo. El agua salta por encima de los guijarros dejando una espuma blanca por las dos orillas, donde la corriente es casi inexistente. Me siento sobre un tronco que está cerca del cauce y contemplo una hoguera que alguien –algún irresponsable- debió dejarse encendida al otro lado del arroyo.

Las ascuas ya se han difuminado y solo quedan las cenizas de las que sale una nube de humo blanco. Se está apagando, lo percibo y mirando a la hoguera y mirándome a mí mismo, pienso... yo también estoy ya en tiempo de descuento. Ensimismado en mis pensamientos y mirando el panorama que tengo ante mí, observo que una rana salta desde el agua y se queda sobre una piedra caliza que hay en la orilla. Me mira, tiene unos ojos saltones. Yo la miro. Nos miramos los dos. Mi cabeza va a cien por hora, se me agolpan los pensamientos, el taller de lectura, el taller de escritura, la profesora, que es la misma en los dos talleres.

Por cierto la profesora tiene tela, unas veces te dice que si quieres escribir que escribas, que si quieres leer que leas y que si no quieres, pues que no hagas nada, pero luego dice que tienes que escribir todos los días y además te suelta un chorro de deberes, vamos... yo algún día ni ceno. Y digo yo, o una cosa o la otra “o el burro o los treinta reales” –que decía mi abuela-. Se está haciendo

de noche y yo trato de escapar de aquel laberinto. Cojo una senda y me largo, sigo andando y de repente, desemboco en el mismo sitio. La rana sigue allí y me mira de nuevo mientras sus glándulas se hinchan y se deshinchán. Me recuerdan a las gachas que hacía mi madre en la sartén apoyada en las trébedes de hierro sobre las ascuas de la chimenea. Miro a la rana, ¿será un duende? ¿O quizá es Dios que se ha convertido en batracio para vigilar este rincón del mundo? Lo intento de nuevo y camino sin rumbo. Dudo, dudo, dudo y dudo una vez más, ¿Quién soy yo? ¿Qué hago aquí? Me pregunto.

Tras más de una hora de caminata, llego a una zona menos densa, donde un árbol enfermo, con las ramas casi sin hojas me permite ver una luz. Sí, aquello parece la carretera. ¡Estoy salvado! Atravieso el puentecillo y diviso la antena sobre mi tejado. Estoy sudando, mi ropa está empapada. Abro la puerta y entro sin encender la luz pues no quiero llamar la atención. Extiendo la mano para tocar la pared y no dar un tropezón, cuando oigo su voz, ¡¡vaya nochedita!!

Abro los ojos, ¡¡no me lo puedo creer!!

Matías Moya/24 nov. 2021

NOTICIA: “hombre mayor desaparecido ayer en Alcobendas, después de haber llevado a su nieto al colegio”

La familia piensa que se puede haber desorientado y se le busca en el interior del Pinar de Valdelatas.

